



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

Las armas que recuerdan Pavía

German Dueñas Beraiz

Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Patrimonio Cultural Militar

1 de marzo de 2024

Introducción

Este año se cumplen casi 500 años de la victoria de la batalla de Pavía (24/02/1525). Y se sigue considerando como una de las victorias más importantes de los ejércitos del recién llegado emperador Carlos I, a su principal enemigo la casa real francesa, constituyendo, además, uno de los momentos claves del comienzo del control hegemónico de las armas españolas en Europa, especialmente en la disputa de los territorios italianos que ambas coronas protagonizaron a comienzos del siglo XVI.

Desde el punto de vista estratégico y de la historia militar se considera un punto de inflexión entre dos formas de combatir antagónicas. La caballería medieval francesa, encarnada por sus «gendarmes» acorazados. Conformada por las élites nobiliarias del reino, embutidas en sus arneses de punta en blanco y lanzándose en formación a la carga con sus pesadas lanzas en ristre. Enfrente, los nuevos sistemas basados en compañías de infantería equipadas con armas de fuego y picas «a la suiza». La aplastante victoria de estas últimas dio lugar al nacimiento de un sistema que, un poco más tarde, cristalizaría en la formación de los Tercios, como paradigma de un sistema de combate legendario.

Las armas y su recuerdo

Nos centraremos en dos de las armas que estuvieron presentes, de una u otra manera en ese campo de batalla, o no, con un papel muy diferente. Y que además tuvieron un recorrido histórico largo y azaroso hasta casi nuestros días. Conformando objetos de un alto nivel tecnológico y artístico, pero sobre todo protagonistas directos en este caso de la batalla que nos ocupa.



Representación idealizada de la rendición de Francisco I en la batalla de Pavía. N.º Inv. ME [CE] 40.346 © Museo del Ejército.

La primera es la espada de Francisco I que actualmente, y veremos el motivo, se encuentra ubicada en el Musée de l'Armée de París (MAP J 176). Este ejemplar es uno de los mejores modelos de espada de gala o aparato del primer cuarto del siglo XVI. Se trata de una espada con una empuñadura de arriaz recto con pomo discoidal y un puño bipartido esmaltado en blanco y rosicler por una pieza metálica longitudinal. El pomo y el arriaz decorados a base de cincelados vegetales doradas. En los brazos planos del arriaz aparecen sendas inscripciones cinceladas y esmaltadas en blanco: *in brachio suvo/fecit potenciam*, que se podría traducir como: en su brazo ella le da la fuerza, y que se corresponde con un pasaje del *Magníficat*. La hoja es ancha y no muy larga, a seis mesas con vaceo central hasta la mitad de

su extensión, y presentando un fuerte recazo dorado y también acanalado. En el vaceo aparece la inscripción *chataldo me fecit* y una B como marca, ambos elementos que identifican al autor de la hoja y que se han venido interpretando como pertenecientes al espadero de origen italiano Antonio Cataldo, uno de los más afamados de comienzos del siglo XVI.

Poseía una vaina de cuero con brocal contera decorado de la misma forma y materiales que la empuñadura y una salamandra rodeada de fuego con el lema dinástico de Francisco I: *nutrisco extinguo*. Dicha salamandra sin coronar aparece también al comienzo de la pieza metálica que separa el puño, remarcando su vinculación con el monarca francés.

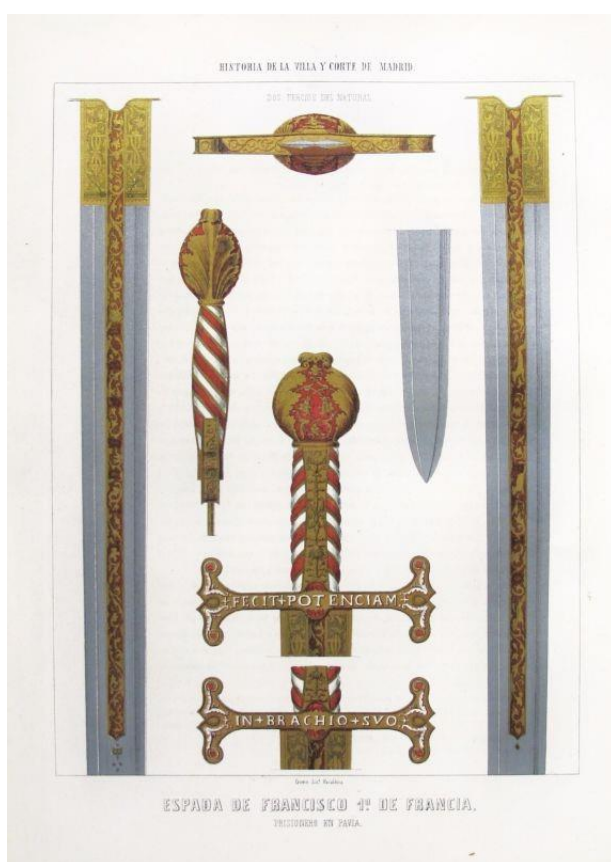


Ilustración de la espada de Francisco I existente en la Real Armería de Madrid. Historia de la villa y Corte de Madrid.

La citada espada fue recogida por Juan de Aldana o Aldama, a la sazón coronel mayor de italianos, en el campo de batalla de Pavía. Este personaje pese a narrar sus descendientes que participó en la captura del Rey de Francia: «Peleando el rey, cayó en tus manos y en las de otros soldados, y tu recibiste del mismo rey su espada y puñal muy escelente», no fue protagonista directo de la captura. Probablemente como alto mando que era, recogió una serie de objetos, entre los que figuraba la espada (una espada, una daga, un collar de la orden de San Miguel y un libro de horas), que parece más conformar un conjunto de objetos que serían parte del equipaje del rey, pero que no portaría en el combate. Así lo indica el conde-viudo de Valencia de don Juan en su Catálogo de la Real Armería de 1898, al señalar que no es un arma de combate sino de gala. La espada que captura Aldana fue entregada por Marco Antonio Aldana, descendiente del anterior, a Felipe II en 1585, a cambio de una pensión anual de doscientos ducados.

En cambio, sí encaja como un estoque de guerra francés de la época, una hoja existente en la armería, y que también se considera tradicionalmente vinculada con

la captura de Francisco I. Esta sería entregada por otro de los personajes vinculados con su captura Diego de Ávila, hombre de armas del virrey de Nápoles, que junto con un guantelete le arrebató como símbolo de rendición, y que sería ofrecida más tarde al emperador Carlos V.

Pasaron ambas, por tanto, a formar parte de los fondos de la armería dinástica que Felipe II crearía más tarde, como armas rendidas en Pavía por el rey francés. Y por lo tanto cuando el mariscal Murat visitó la armería en marzo de 1808, se fijó en la primera espada que se exhibía como trofeo de guerra. Y le indicó al ministro Caballero que su devolución sería un símbolo de buena voluntad entre ambos pueblos. A lo que parece que respondió extraoficialmente Fernando VII con la frase: «que nos importa un pedazo más o menos de hierro».

El 30 de marzo de 1808 el rey ordenó al caballerizo mayor que a mediodía y acompañado del duque del Parque se dirigieran a la morada del duque de Berg «con el ceremonial y pompa prevenido» se le entregara la espada rendida por Francisco I en Pavía. Acompañando a Napoleón en su gabinete de trabajo en las Tullerías, hasta que pasó a engrosar los fondos del Musée de l'Armée, tras la derrota napoleónica, hasta nuestros días.

El esposo de Isabel II, Francisco de Asís, a modo de recuerdo de la pieza perdida mandó realizar una magnífica copia a uno de los mejores artesanos y armeros del momento, Eusebio Zuloaga, quien realizó un magnífico trabajo que costó 4.000 reales, y que actualmente se conserva en la citada institución.

Las crónicas que nos describen la jornada de Pavía nos dicen que el Rey de Francia se rindió a otro soldado español que fue el primero en llegar hasta él, tras ser abatido su caballo por los proyectiles de plomo de la arcabucería española. Se trataba de un hombre de armas de origen guipuzcoano, Juan de Urbietta, quien debido a la premura del combate

[...] y sin querer dejar escapar el rescate del rey que le había prometido si le perdonaba la vida, se identificó levantándose la vista de su celada y mostrándole sus dientes mellados, como recuerdo de quien le había hecho prisionero.

Otros combatientes, como el gallego Alonso Pita de Veiga, llegaron poco después y le arrebataron otros elementos que portaba como muestra de su rendición. De hecho, fue despojado de todo lo que llevaba, indicando algunos autores que cuando el virrey llegó a su altura hubo de tapanlo con un sayo. Durante el siglo XVI hubo diferentes reclamaciones de su captura por parte de los tres personajes, con el fin de obtener recompensas y prebendas.

Otra arma relacionada con aquella batalla es una magnífica pieza de artillería francesa que conserva el Museo del Ejército de Toledo (MUE 5371). Esta arma comenzó a tener un papel destacado entre los ejércitos galos, tanto por la calidad de estas, como por su uso y organización. Nuestro ejemplar es un magnífico ejemplo de ello. Está fundida en bronce y pesa unos 1500 kg., midiendo poco más de tres metros y 2,78 metros su ánima. Tiene un calibre de unos 13 cm, y disparaba por tanto pelotas de hierro de unas 15 libras francesas, entorno a los 6,5 kg., siendo considerada por la organización artillera francesa por su calibre y longitud una *grosse coulevrine*.



Vista general y detalles de la culebrina francesa. N.º Inv. ME [CE] 5371 © Museo del Ejército, Ana Belén Cortés.

Pero, además, constituye un alarde del simbolismo y del poder que la artillería y del propio monarca francés exhibían en los campos de batalla. Posee a lo largo de su tubo varios elementos que la identifican como perteneciente a alguno de los trenes de artillería de Francisco I. En el primer tercio del tubo, y dentro de un espacio creado por dos delfines estilizados y cuyas colas forman una flor de lis, aparece un símbolo heráldico: una salamandra rodeada de fuego, que se corresponde a la del monarca francés Francisco I. El resto del tubo sembrado de letras, F, y flores de lis, lo relacionan una vez más con el reinado de Francisco I (1515-1547). Existen otras piezas similares que se encuentran repartidas en diferentes zonas como el Musée de l'Armée de París, procedentes de la Isla de Rodas, y regaladas por un sultán otomano, o en las Islas Azores. Pero ninguna con la calidad y delicadeza de la nuestra, que presenta incluso en el

cascabel una flor en el momento que se abren los pétalos. Siendo probablemente de manufactura italiana, bajo dominio francés.

Sobre su origen, sólo sabemos que entró en el Museo de Artillería procedente de la Maestranza de Cartagena en 1876. Algunas referencias indican que pudo venir con el tren de artillería que Napoleón trajo cuando entró en la península en 1808.

Aunque parece más lógico que procediendo de Cartagena, plaza clave para el equipamiento y suministro de tropas que combatieron en el Mediterráneo, tanto para el equipamiento de galeras, como para equipar trenes de artillería expedicionarios, fuera parte de la artillería francesa capturada y reutilizada por las necesidades artilleras de España. Las piezas históricas de artillería capturadas en combate no solían recibir un trato especial, sino que primaba su uso bélico. Así encontramos que uno de los barcos que formaban la Gran Armada, y que tras tratar de conquistar Gran Bretaña se hundió en las costas irlandesas en 1588, estaba equipado con una pieza muy similar a la nuestra, aunque de distinto fundidor.

Por lo tanto, son múltiples los posibles orígenes de nuestra pieza: pudo formar parte del tren de artillería que Francisco I perdió en Pavía o de las piezas de artillería que tras la expedición de Túnez se hallaron en la goleta, y que muchas de ellas portaban los lemas y motivos heráldicos franceses que aquí hemos venido mostrando. O del que también perdió en la batalla de Noain, y que parte del mismo sirvió para equipar muchas fortalezas de la zona durante años en la zona norte en plazas como San Sebastián, Pamplona o Fuenterrabía. Tal y como recogen en inventarios, donde encontramos descripciones del siguiente tipo:

Ytem un medio cañón de bronce redondo que tiene delante del fogon una sierpe encima una corona y a los pies un letrero que dice nutrisco extingo en el fogón tiene una letra C y de medio adelante con flor de lises trae de peso 38 quintales y 40 libras

Ytem otro cañón de bronce tiene del fogon una sierpe con una corona y dende los muñones asta la boca de flor de lises

Era común en este tipo de piezas de artillería galas de la primera mitad del siglo XVI que tuvieran el símbolo de la salamandra, y en una cartela debajo el lema que aparece en varias de las piezas que defendían Fuenterrabía, y que vimos que también aparecía en la espada de gala: *nutrisco extinguo* (lo alimento y lo apago) en referencia al animal y al fuego. Lo que sí está claro es que es un perfecto ejemplo de artillería francesa de la época de Francisco I, y que tipológicamente encaja en los modelos que estuvieron presentes en la citada batalla de Pavía de 1525.

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2024